

lia y la Polonia; que debía renunciar á la Polonia porque queria continuar siendo amigo de la Rusia, pero quedaba la Italia (1).

En diciembre se fijó el convenio con el Piamonte, en el cual se le prometia la Lombardia y Venecia, Parma, Módena, la Romagna y las Legaciones, debiendo ceder á la Francia la Saboya; al Papa se le dejaba únicamente Roma y las inmediaciones por via de jardin, como dijo About. El anuncio de la guerra se hizo público el primer día del año 1859, cuando en la recepcion del cuerpo diplomático dijo el emperador Napoleon al embajador austriaco, baron de Hübner: «Siento que las relaciones de mi gobierno con el Austria no sean tan buenas como antes; pero suplico á usted diga á su soberano que respecto de él no han cambiado mis sentimientos personales.» Estas palabras resonaron por toda la Europa como un cañonazo de alarma, y Pereire dijo á Napoleon despues que este tiro costaba á la Francia mil millones, por la baja de todos los valores públicos franceses (2).

CAPITULO VII

LA GUERRA DE ITALIA

El Austria estaba preparada para el lenguaje amenazador de Napoleon; se habia ocupado ya desde mediados de noviembre en planes de movilizacion, y no se dejó engañar por los esfuerzos del gobierno francés para quitar á las frases de Napoleon la trascendencia que tenían, calificando en un artículo del *Monitor* como infundadas las voces nada tranquilizadoras que corrían. Se ha creído que Napoleon llegó á vacilar, pero esto no fué serio, conforme lo prueba el aditamento que recomendó al discurso de la corona del 10 de enero de 1859, cuando se le presentó previamente (3). Encontró demasiado fuerte la expresion de que el Piamonte aguardaba los sucesos venideros con perfecta claridad y decision, pero hizo proponer por Mocquard la famosa de que el rey del Piamonte no podía continuar insensible, no obstante todo el respeto que tenia á los tratados, al grito de dolor que llegaba á él desde todas las partes de Italia. Esta frase costó á la Francia segun Pereire otros dos mil millones. Fueron principalmente estas pérdidas financieras las que entonces en Francia hicieron la guerra enteramente impopular. Excelentes bonapartistas, como Próspero Merimee (4), se lamentaban de la increíble cobardía que prevalecia, y atribuyeron la culpa á la monarquía de julio, que durante diez y ocho años habia propagado el culto de los intereses materiales, causando la degeneracion de la sangre antigua del pueblo galo. De modo que no se temia á la revolucion, á pesar de ser un peligro verdadero, sino la baja de los valores públicos. Los ministros y los salones eran contrarios á la guerra (5); Thiers escribió una comunicacion en este sentido que fué enseñada al emperador, el cual encontró en ella algunas cosas acertadas, pero el total de muy corto alcance (6). Aquel viejo orleanista, que siempre habia considerado la debilidad de los países vecinos como elemento indispensable del poderío francés, temia que la Italia engrandecida pudiera llegar algun día á ser enemiga de Francia, y Merimee temió tambien que manifestara algun día su gratitud reclamando la Córcega (8 de abril de 1859, tomo II,

(1) Jerrold, tomo IV, págs. 156 y 162.

(2) Jerrold, tomo IV, pág. 183; carta de lord Cowley á Malmesbury, del 11 de enero.

(3) Chiala, tomo III, pág. 42.

(4) En su carta á Panizzi, tomo I, pág. 21.

(5) Viel Castel, tomo V, pág. 14.

(6) Senior, tomo II, pág. 243.

pág. 27). Esta opinion favorable á la paz solo duró el tiempo que pareció indecisa la question de guerra. Cuando ya no quedó lugar á duda, dijo tambien Merimee que el espíritu galo se habia despertado otra vez; que reinaba un entusiasmo hasta cierto punto grandioso, pero tambien terrible; que el público saludaba la guerra con alegría, lleno de confianza; que los soldados marchaban á campaña como si fueran á un baile; que el emperador era mas popular que nunca, y que un obrero le dijo (á Merimee): «Bigotillos (*Moustachu*) es el mas fuerte, pues tiene los papeles de su tío.»

Si algo podia dar cuidado al emperador era la actitud de la Prusia, que se vió impulsada por la opinion pública á aproximarse al Austria. Napoleon envió al almirante La Roncière-le-Noury á San Petersburgo y de paso tambien á Berlin, donde fué muy bien recibido y donde propuso á la Prusia el Holstein, el Hanover y el Hesse-Electorado si el gobierno prusiano apoyaba al francés en el asunto de Italia; pero el gabinete de Berlin permaneció fiel á su política de no comprometerse (7). Por un momento mostró tambien la Rusia una actitud ambigua, exigiendo en cambio de su apoyo á la política de Napoleon, que se anularen las disposiciones de la paz de Paris desfavorables á la Rusia, á lo cual no pudo acceder Napoleon por las consideraciones que debía á Inglaterra, pero accedió sin dificultad á la exigencia de que no se suscitara la cuestion de Polonia. Estos temores, sin embargo, no influyeron ya en las disposiciones del emperador. En 11 de febrero ordenó al mariscal Castellane en Lyon que tuviera sus tropas dispuestas para ponerse en marcha (8); dos dias despues dijo el *Monitor* que el príncipe Napoleon habia salido para Turin, y otros periódicos añadieron á esta noticia que se trataba de sus desposorios con la hija del rey del Piamonte y de una alianza de guerra. En efecto, el 18 de enero se efectuó la alianza conforme habia sido convenido anteriormente; el 23 se celebraron los desposorios y el 30 del mismo mes la boda.

La joven princesa era en realidad una víctima de la política, porque ningun porvenir halagüeño le esperaba. La emperatriz no le era favorable, y el orgullo de la princesa de antiquísima estirpe aumentó la antipatía. Muy bien pudo ser que la joven princesa contestara á la emperatriz al darle ésta algunos consejos maliciosos en materia de *toilette*: «Señora, usted olvida que he nacido en la corte;» expresion que Eugenia no olvidó. Peor fué la conducta del príncipe, que pronto volvió á sus amoríos, dando que hablar con sus relaciones con Cora Pearl y la señora Claudin, relaciones que no trató de ocultar; de suerte que la vida de la princesa, que se mostró poco en las Tullerías, fué monótona y triste, dedicada enteramente á la educacion de sus hijos, á prácticas religiosas y obras piadosas. No llegó á ser popular (9).

La llegada de los recién casados á la capital fué saludada con dos manifestaciones políticas. El 4 de febrero vió la luz pública el folleto: *Napoleon III y la Italia*, escrito por La-gueronniere y revisado por el emperador, en el cual se expusieron las razones que debían conducir á la guerra, y se excitaba á la diplomacia á hacer antes lo que de todos modos habia de hacer despues. La otra manifestacion fué que el 7 de febrero abrió el emperador la cámara con un discurso de la corona en el cual dijo que la excitacion existente debía sorprender sin duda por no existir peligro visible y que por lo mismo era testimonio de una excesiva desconfianza y temor; pero refiriendo á renglon seguido su desavenencia con el gabinete de Viena, que en su opinion exigia un espíritu

(7) Sybel, pág. 42.

(8) El duque de Almazan: *La guerre d'Italie*, Paris, 1882, página 54.

(9) Sylvanecte, pág. 128.

muy conciliador, y exponiendo la situacion anormal de Italia, donde tropas extranjeras estaban encargadas de mantener el orden. No llamó la atencion la inmediata observacion de que esto no era motivo suficiente para creer en la guerra, de suerte que muy pocas personas creyeron en la conservacion de la paz.

Entretanto Cavour trabajaba sin descanso en los preparativos de la guerra; pidió y obtuvo de la cámara la autorizacion de emitir un empréstito de cincuenta millones, y mien-

tras que el príncipe consorte de Inglaterra contaba en tono triunfante (1) que el ministro piamontés no tenia crédito y que sus banqueros no eran capaces de suscribirse siquiera por mil libras esterlinas, los pequeños capitalistas suscribieron con exceso en el mismo país el empréstito pedido, firmando ochenta millones en lugar de cincuenta (2). Los armamentos que se hicieron públicos se efectuaron con mucha lentitud, empezando por acercar las guarniciones mas distantes á la frontera austriaca y admitiendo en el ejército los



Lord Cowley.

muchos voluntarios que acudieron de otros países italianos y en particular de la Lombardia. Por su parte La-Farina, que estaba en comunicacion constante con Cavour por un lado y con Garibaldi y varios patriotas por otro, se ocupaba con actividad febril en preparar en todas partes la sublevacion y la formacion de compañías de voluntarios. Era de la mayor importancia evitar estallidos prematuros, y La-Farina lo consiguió completamente gracias á la disciplina del partido de accion, no obstante los muchos elementos republicanos que comprendia.

En Viena no se empleó tanto trabajo para ocultar los preparativos militares que el gobierno adoptaba, porque por un lado no le convenia detenerse en escrúpulos diplomáticos para proceder con energía, y por otro tenia que hacer en pocos meses lo que habia descuidado desde muchos años. El estado del ejército austriaco no era satisfactorio bajo muchos conceptos, faltándole en primer lugar oficiales suficientes y sobre todo idóneos y simpáticos á la tropa, y respecto á division, armamento y vestuario, apenas se habia aprovechado la experiencia de las últimas guerras. En segundo lugar, mas de la mitad del ejército se hallaba en la parte oriental de la monarquía, teniendo el gobierno aus-

tríaco en Italia tres cuerpos, en junto aproximadamente cincuenta y cinco mil hombres, mandados por el muy inepto Giulay; y hallándose todavia en via de construccion el ferrocarril de Sommering, no habia medio de enviar rápidamente tropas á la Lombardia. El gobierno austriaco ansiaba hacia años la conclusion de este ferrocarril para poder proveer de artillería pesada el potente cuadrilátero á orillas del Adige y del Mincio, cuyas plazas y fortificaciones estuvieron armadas durante toda la guerra con cañones de á seis y de á doce, mientras las piezas destinadas á las fortificaciones se hallaban en la última estacion del ferrocarril, esperando la conclusion de éste para ser llevadas á su destino. Si las negociaciones que precedieron á la guerra no hubiesen sido tan largas como fueron, el gobierno austriaco no habria podido presentar en la Italia alta un ejército apto para emprender una campaña; pero las tentativas de mediacion de las grandes potencias le dieron tiempo para adelantar sus armamentos; y si faltaba todavia mucho para tener los preparativos completos, fué culpa únicamente de la lentitud propia de la administracion austriaca.

(1) T. Martin, tomo IV, pág. 357.

(2) Chiala, tomo III, pág. 309.